

Noel Ceballos y El Hematocrítico

Los cinco superdetectives

AQUÍ NO BEBÍAMOS CERVEZA DE JENGIBRE



NOEL CEBALLOS Y EL HEMATOCRÍTICO

LOS CINCO SUPERDETECTIVES

AQUÍ NO SE BEBÍA CERVEZA DE JENGIBRE

m̄

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2018, Noel Ceballos y Miguel López

© 2018, Editorial Planeta, S.A.

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-270-4383-1

Depósito legal: B. 5.947-2018

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Capítulo 1

UN FINAL HORRIBLE

—Voy a salir un momento a fumar. ¿Alguien quiere que le traiga un café o algo?

Javi llevaba hoy seis años exactos haciendo esa misma pregunta a la misma hora de cada día, que siempre solía ser el mismo. O una fotocopia de una fotocopia, como si alguien hubiese apretado el botón de la máquina con tanta fuerza que los folios se apilaban en el suelo sin que nadie hiciera nada por repararlo. En esta tesitura, lo único que le salvaba la vida a Javi en cada maldita jornada laboral era la hora del pitillo.

Y, solo para que conste en acta, querido lector, Javi no había fumado en su vida.

Aún recordaba cuando se le ocurrió el plan. Entró en un estanco y pidió una cajetilla de cualquier marca, con la comprensible mirada extrañada del vendedor. ¿Por qué él no tenía derecho a levantar la vista de la silla durante veinte dulces, dulces minutos todas las mañanas (y, dependiendo de cómo se presentaran las hojas de cálculo de la semana, algunas tardes)? ¿Por qué los fumadores eran una clase con privilegios para ir al recreo? Por supuesto, Javi sabía que podía ir hasta la máquina y pedirse un café,

si de lo que se trataba era de estirar las piernas y no volverse del todo loco delante del ordenador. Por supuesto, también lo hacía.

La hora del cigarrillo, no obstante, era especial. Se dio cuenta de que el secreto consistía en levantarse diez minutos después de que volviese un comité de fumadores de su misma planta, que ya estarían bien servidos y, por tanto, nunca se ofrecerían a acompañarle. Si alguna vez eran ellos quienes se lo pedían a Javi, él siempre estaba terriblemente ocupado. Azulejos Vivancos, ya sabes. Hay que llamar al menos veinte veces a esta gente para asegurarte de que hacen algo. Si no era un contratista, era ajustar un presupuesto. Lo que sea para no tener que salir ahí a charlar con esa gente y que todo el mundo lo descubriese como falso fumador. Pero, sobre todo, había que evitar charlar con esa gente extraña a la que tenía que saludar de lunes a viernes en Fermeet S. A., la empresa a la que había vendido su alma hacía ya demasiados años.

Sentado junto a un mustio parterre bajo el sol de primavera, contemplando su propio reflejo en el cristal que lo aprisionaba dentro de aquel complejo de oficinas, Javi jugueteaba con su paquete de tabaco sin estrenar e intentaba retirarse a eso que las revistas de divulgación científica llamaban «su palacio de la mente». Un concepto ciertamente atractivo para lectores ociosos o aficionados a la meditación trascendental, pero intenta explicárselo a un aparejador (que, por lo que sea, no era un aparejador sino un técnico sénior de presupuestos, que solo intenta llegar

al fin de semana para tumbarse en el sofá, jugar *online* a algo lo suficientemente violento como para haber generado una polémica en los medios de comunicación y poner la mente en blanco. Lo que Héctor Uriondo, el gusano más trajeado de la quinta planta, llamaba «desconectar», que al parecer era mucho más fácil si tienes a tu disposición un chalé en la playa, una familia que te quiere y un BMW que, de alguna manera, tenía que salir por contrato en todas las conversaciones con tus subordinados.

Dios, cómo odiaba a Héctor. Y, Dios, cómo se odiaba a sí mismo, fingiendo que estaba a punto de sacar un cigarrillo o que acababa de terminar el segundo cada vez que alguien salía al patio y se lo encontraba. Sin embargo, Javi se dio cuenta hace tiempo de que ya no se planteaba esas preguntas difíciles (¿qué sientes?, ¿qué demonios estás haciendo con este homenaje al drama escandinavo al que llamas «vida»?), ¿qué tipo de accidente te gustaría más que sufriese Héctor Uriondo mientras bucea por su cala privada en Menorca, dedicándose simplemente a existir?). Su mente no desconectaba: solo se ponía en blanco. Y eso era suficiente.

O al menos eso creía, pero entonces su jefe lo llamó a su despacho y todo, sus días fotocopiados y su cajetilla de tabaco y la colección de piedras pómez que sus compañeros le regalaron el pasado octubre por su cumpleaños, incluso su mente en blanco contemplando su propio reflejo en el cristal del edificio, todo eso se fue al traste con una simple palabra.

—Wallapop.

Guillermo Cadenas, el director de Fermeet S. A., era la clase de jefe más preparado para tomar café con los informáticos mientras ponía verde al entrenador de su equipo que para comunicar malas noticias. Desde luego, su bigote de morsa no se ajustaba bien a las malas noticias que tenían que ver con palabras extranjeras. Era como si le diese una reacción alérgica.

—No entiendo, jefe —contestó Javi—. ¿Me ha llamado a su despacho porque quiere que le ayude a abrir una cuenta en Wallapop? ¿Quiere vender algo por internet? Porque yo tengo en mi mesa unas cuantas piedras pómez que no me importaría...

—Te estás pasando de listo, Ortiz. Supongo que es una característica tuya que tendremos que aguantar hasta el final.

Pues claro que Héctor había decidido asistir a esta pequeña reunión, en la que también figuraban una jefaza de Recursos Humanos, a quien Javi no había visto en su vida, y Chema, el abogado de la empresa, que siempre tenía pinta de llegar tarde a un funeral. Hoy, por fin, podría justificarla.

—Está bien, Guillermo, sospecho que no me has llamado para concederme la placa de empleado del mes.

Su jefe se echó a reír de forma sincera: por alguna razón, siempre le habían hecho gracia los comentarios de Javi. Cuando volvió a centrarse en el contexto, Guillermo Cadenas eliminó su sonrisa entre carraspeos, como un actor que retorna al personaje tras un despiste momentáneo.

—Lo que de verdad me pregunto —siguió Javi, señalando a Héctor— es qué hace el Señor Barba de Dependiente de Cortefiel como figurante.

—¡Tengo derecho, Ortiz! ¡Puede que todo este tiempo te hayas creído la monda, pero en esta empresa...!

—Por favor, señores —intervino la señora Recursos Humanos—. Hemos venido a comunicarle a un empleado una falta muy grave en su expediente, no a contemplar una pelea de gallos.

Javi paró un momento de aflojarse la corbata para señalar a la mujer:

—Me cae bien. Lástima que nos hayamos conocido precisamente ahora.

—Lo que mi compañera quiere decir —explicó Guillermo, centrándose de una vez por todas— es que hemos encontrado ciertas... irregularidades en una cuenta de Wallapop, Javier. Creemos que es tuya. Tu cuenta personal.

Cuando Guillermo giró la pantalla de su ordenador, Javi ya sabía lo que se iba a encontrar allí. Era la misma razón por la que Héctor tenía una sonrisa feliz tan estúpida que parecía una sola hilera de dientes perfectamente blancos asomando por entre su barba.

—Esta *tablet* se puso a la venta la semana pasada, con tus datos en el contacto. Una pequeña investigación interna nos ha llevado a concluir que se trata de una de las que Azulejos Vivancos, nuestro socio más antiguo y preciado, regala como promoción para las nuevas viviendas en El Viso.

—No hace falta que te esfuerces más en explicarlo, Guille —dijo Héctor—. Ya sabe de lo que le estás hablando.

Sí, Javier tenía una cierta idea. Durante días y días había visto esas *tablets* muertas de asco en un rincón de la oficina, esperando a ser empaquetadas y transportadas a una de esas casas para ricos que suponían su pan de cada día, pero a las que nunca le iban a invitar a cenar. De hecho, nunca jamás las vería terminadas: solo eran datos que rellenar en una hoja de cálculo, y luego en otra, y así hasta el final de los días, cuando el Juicio Final no hiciera distinciones entre los que llamaron por teléfono para negociar las *tablets* de obsequio y los que las recibieron el día que entraron a su casa domótica. «No son de nadie», pensaba una y otra vez. «No pasa nada: todo el mundo infla los presupuestos. Todo el mundo hace alguna vez algo egoísta».

—Mierda.

—De todas las últimas palabras —dijo Héctor—, escoge las más elocuentes.

—No sé qué decir, Guillermo.

—¿En qué estabas pensando, Javi? —preguntó su jefe—. ¡Estas *tablets* eran una muestra de confianza por parte de Azulejos Vivancos!

—Siento que he fallado a esta empresa y a Azulejos Vivancos, sí, pero es que hace tiempo que no sé lo que me pasa. Es este trabajo, esta oficina. ¿Alguna vez has tenido la sensación de que no estás haciendo lo que se supone que deberías hacer?

—¿Robar una *tablet* para revenderla era lo que se suponía que debías hacer? —dijo la de Recursos Humanos.

—No, no es eso. Es un síntoma de que algo no está bien aquí. Todos los días me quedo mirando un buen rato mi tarjeta de visita. Aquí, aquí está. —Javier sacó la tarjeta y la puso encima de la mesa de Guillermo—. Pone «Técnico sénior de presupuestos». ¿Qué demonios es eso? ¿Qué demonios me tengo que contar a mí mismo después para convencerme de que algo de esto importa?

—Lo entendemos, Javier —dijo Guillermo—. En serio, lo entendemos. Héctor ha hecho otro descubrimiento en internet.

—¿Otro descubrimiento? No, Guillermo, en serio: solo fue esa vez.

—No hablo de *tablets*. Hablo de... Javi, ¿por qué no nos lo contaste antes?

Guillermo lo miraba con algo muy extraño en los ojos. ¿Era admiración? No, no. Empieza por ene. Y rima con «sinergia». Como impulsado por un muelle, Javi se levantó de la silla.

—No sé de qué hablas, pero ya es tarde de todos modos, ¿verdad? Oh, revender una *tablet* en internet: mal asunto. —Javi empezó a encaminarse hacia la puerta del despacho, intentando ignorar lo que todos y cada uno de los presentes, incluyendo el siempre lacónico Chema, tenían que decir en ese preciso momento—. Muy bien, entonces recojo mi mesa ahora y me paso mañana a por el finiquito, ¿no? Mañana está bien, ¿Recursos Humanos?

—Espera, Javier, espera —dijo Guillermo—. Esto ya es personal, totalmente aparte de Fermeet S. A. El caso es que Héctor investigó más resultados tuyos en Google y... Vaya, Javier. ¡Eres tú! ¡Eres Javi Peligros! ¡El líder de Los Cinco Superdetectives!

Se detuvo frente al pomo de la puerta y respiró hondo. Seis años. Seis malditos años manteniéndolo en el más absoluto de los secretos, incluso sobornando a algún ejecutivo de cuentas con demasiada buena memoria y tiene que saltar justo cuando le están dando la patada.

—Qué puedo decir, Guillermo. Nunca creí que fuera relevante en el ámbito de la construcción de viviendas domóticas, si te tengo que ser sincero.

Héctor se echó a reír, momento en el que Javier descubrió que nunca lo había odiado tanto como en ese preciso segundo.

—¡No, no se me ocurren muchos casos en los que un perro que encuentra tesoros sirva para algo en el mundo de la construcción!

—Un mundo que aquí nos tomamos muy en serio —sentenció Guillermo—. Aunque con esto no quiero decir que tus amigos y tú no os tomaseis en serio vuestras aventuras, claro. Personalmente, me encantó cuando atrapasteis a los contrabandistas...

—Sí, pero hay una cosa que siempre me intrigó —dijo la señora Recursos Humanos—. ¿Qué pintaban unos contrabandistas en la sierra de Madrid a finales de los ochenta?

—Bueno, supongo que estaban realizando algún tipo de actividad criminal.

—Y dejando muchas pisadas —apostilló Héctor—. Si no, ¿cómo narices iba a encontrar el perro su guarida todas las veces? Ese perro tenía más ases en la manga que mi BMW.

—¿Entendéis ahora que no sintiera la necesidad imperiosa de hablaros de mi infancia? —susurró Javi.

Guillermo se levantó lentamente de su sitio y dirigió toda su corpulencia hacia el área donde estaba Javi. De alguna manera, a un nivel instintivo, sabía lo que iba a venir ahora. Lo que siempre venía cuando lo reconocían.

—Oh, Javier, Javier... Es una pena tener que verte marchar, pero comprende que no podemos pasar por alto esta ruptura total de la confianza con uno de nuestros colaboradores más importantes... Fermeet ha tomado una decisión. Es un final horrible, pero es lo único que podemos hacer. Ojalá me hubieses contado antes lo de Los Superdetectives. Sabes, yo era un gran fan.

—Vaya, yo también lo siento. Si no hay nada más...

—Solamente una cosa. —Guillermo sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta—. ¿Un *selfie*? Es para el grupo de Facebook de Los EGBeros. ¡Ya verás la envidia que les voy a dar cuando la suba!

Javi ya ni siquiera se resistió. Notó como el brazo de Guillermo rodeaba toda su espalda y, para su sorpresa, también vio como Héctor, Recursos Humanos e incluso Chema, con algo parecido a alegría de vivir, se colocaban para posar a su lado.

—¿Desde cuándo lo has sabido? —le dijo a Héctor, sin mover demasiado los labios para no estropear la foto.

—Solo estaba esperando el momento adecuado. Pero no te lo tomes a mal: piensa en las posibilidades de futuro que tiene un técnico sénior de presupuestos-barra-detective juvenil. Yyyyyyy... ¡*Selfie!*

Tras el *flash*, Javier fue como un rayo a su sitio, metió todas sus piedras pómez y todas sus tazas horribles en la mochila y, sin dirigirle la palabra a nadie, salió disparado de su planta. No quería quedarse para averiguar si todo el mundo lo miraba por su condición de cadáver andante o, *glups*, por la de antigua sensación infantil de la España post-Naranjito. Ese edificio estaba contaminado: potencialmente, todo el mundo sabía que era un Superdetective. Cada centímetro de su camino hacia el ascensor y luego hacia la salida era un campo de minas. No sabía si su alma podría resistir otro *selfie*, no el mismo día en que lo acababan de mandar al paro por...

Un momento. Los contrabandistas, sí. Recursos Humanos tenía algo de razón: robar material de oficina para revenderlo después no es exactamente contrabando, pero Javi notó la ironía. Contemplando su reflejo en el edificio de cristal por última vez, se vio a sí mismo. Solo que esta vez se vio de verdad: 41 años, barba de cuatro días, primeras canas, algo de tripa, traje gris con la corbata desaflojada, mochila cargada de malos recuerdos de un trabajo que ya no existía. Un adulto triste, si es que alguna vez lo hubo.



Un chiste sin gracia para un monologuista con referencias culturales un tanto trasnochadas.

Ya en el *parking* al aire libre, buscando su coche para largarse de allí y proceder a olvidar el camino, Javi decidió hacer caso a Héctor y contemplar sus opciones de futuro. ¿Quién necesitaba ese trabajo sin sentido, de todos modos? La estabilidad y llegar a fin de mes eran factores, pero quizá no fueran lo que de verdad marcaría la diferencia en la balanza de los días. Ahora, en cambio, Javi estaba compuesto íntegramente de posibilidades de futuro. De modo que se paró delante del BMW de Héctor y sacó una piedra pómez de su mochila. La sopesó durante un instante en su mano derecha. Oh, la de posibilidades de futuro que tenía un extécnico sénior de presupuestos, exfalso fumador y exdetective juvenil...